

fuerte de aquel su padre Catón, descendiente y heredero de patricios rurales, sino que también las ideas, y las doctrinas, y las enseñanzas, juró asistir á su esposo en todas sus empresas y aceptar, si era necesario, el martirio, para devolver á la Roma patricia, decaída y agonizante, los sacros númenes de su histórica libertad.

Para ver el papel representado por la estoica Porcia en toda la tragedia de su vida, veamos los incidentes de la tragedia misma, veamos la romana historia en la ocasión aquella de agonía y muerte para su libertad y para su república. Difícil de comprender tantas alternativas, los cambios bruscos, las guerras interiores continuas, la sucesión de personajes en el gobierno, la marea descendente y ascendente de los partidos, la facilidad con que aquellos héroes trágicos pasaban del poder á la muerte, las guerras tonantes de un extremo á otro extremo del mundo; muy difícil de comprender todo esto sin recordar la organización de Roma, los dos cónsules elegidos por breve tiempo que discordaban y se contradecían á la continua; los dos tribunos de la plebe contrastando á los cónsules; el Senado, en que predominaba la nobleza, sin carecer por eso de otras clases, como los caballeros, aquejado así de la general contradicción sobre que todo lo romano se fundaba; los comicios por

tribus á que iban hasta los extranjeros y los transeuntes decidiendo á veces de los casos más graves por lo enmarañado del censo y lo difícil del recuento; los libertos de quienes dimanaba la palabra nuestra libertino; el patriciado arriba; la plebe abajo; el burgués, como ahora decimos, en medio; la clientela que constituía un ejército en torno de cada familia superior; la servidumbre, allá en lo último, dentro de sus ergástulas parecidas á infiernos; la complicación de las facultades jurídicas con las facultades administrativas en la indeterminación del poder público; las elecciones casi á diario; los ejércitos trocados en asambleas ambulantes y con armas; el Pretorio de la milicia hecho como norma de tribunal y sus curias dando sus nombres y hasta su organización á los grupos y cuerpos de caracteres civiles puramente; la cuestión social promovida por provecho y lucro de las conquistas diarias, de las tierras públicas, de los múltiples tesoros, de los sacos hechos, de los botines recogidos, y sobre todo la cuestión religiosa por los muchos cleros que tronaban en los muchos templos, y los augurios, y los auspicios, y los arúspices complicando la vida con su pretensión de, contra mil resistencias, dirigirla; el caos inmenso y ardiente dirigiendo la tierra toda casi en ebullición y engendrando un estado social tan difícil y tan te-

meroso como la formación de ciertos terrenos desvanecidos por las tormentas del aire y los terremotos del suelo en una irradiación de vida sin ejemplo y sin antecedente. A todos estos intereses romanos se mezclaban múltiples y complejos intereses. Roma tenía provincias. Estas provincias no podían ser ni las tribus de los pueblos nómadas, ni las satrapías de los pueblos guerreros, ni las colonias de los pueblos mercantiles; comenzábase á comprender por la madurez del espíritu y por los desarrollos de las ciencias y sus aplicaciones á la vida que había un derecho en el conquistado como lo había en el conquistador, que había en el sometido un alma como en el romano, que la tierra toda formaba un cuerpo y que toda la humanidad tenía un espíritu, con lo que las cuestiones interiores de la Ciudad Eterna concluían por complicarse con las cuestiones múltiples del universo conocido entonces. Y como, á pesar del estoicismo tan soberano en aquel vivo derecho de Roma, no se comprendía la separación y divorcio entre el hombre y el ciudadano, Roma, para extender los privilegios romanos á toda la tierra y repartirlos entre todos los hombres, iba extendiendo la ciudadanía suya por todas partes. Así llegó á constituirse aquel imperio uno, aquel código uno, aquella religión una, la maravillosa unidad territorial y hu-

mana, muy esbozada é informe como todo lo incipiente y rudimentario, pero indispensable para encerrar y contener la idea de la unidad de Dios que nos traía la Biblia, y la idea de la unidad interior é íntima del espíritu que nos traía con sus revelaciones, muy preparadas por los helenos y muy próximas á brillar en estos providenciales instantes, el sublime y revelador Evangelio. Todos los grandes problemas humanos, todos, sin excepción, se trazan en el espacio con letras de sangre; todos los progresos humanos, todos, sin excepción, surgen de las ruinas amontonadas por gigantescas y titánicas catástrofes. Imaginaos la Ciudad Eterna en este momento supremo, engendrando y pariendo el cuerpo de la nueva humanidad, por que dolores, angustias, estremecimientos, desgarros, penas, catástrofes, no había de pasar necesariamente á causa del esfuerzo empleado en su obra y del martirio sufrido por su propia extraordinaria grandeza. Los pueblos creadores son siempre pueblos mártires. El redentor no salva, no redime, si antes no se ofrece y se presenta él mismo en terrible holocausto.

Cuando Mario asesinara los cónsules en su silla curul, entre los destellos del incendio, parecido á siniestra tempestad flameando en el cielo, y entre los estertores del degüello, parecido á un ojeo de

hombres azuzado por sicarios númeras y sirios; cuando Sylla divertía sus hastíos calentándose al rescoldo producido por la quema del Capitolio y poniendo en el Foro tragedias como la proscripción y el exterminio de los demócratas, unos expulsos, otros apuñalados, cual pudiera poner en su mocedad juguetes cómicos encargados á su camarada el autor inspiradísimo, Roscio; cuando un repúblico, al saber el triunfo de su contrario, se metía en horno de cal viva, y un caudillo asía la cabeza de su rival, separada del tronco, para escupir en aquel rostro lívido; y los deudores no acertaban con otro medio de pagar sus deudas que pasar y concluir á cuchillo sus acreedores; y á los parientes próximos de cualquier jefe ó guía en aquella discordia de los partidos se les arrancaban los ojos y se les rompían los huesos en el sitio siniestro de sus derrotas; y se publicaba todas las mañanas muy temprano el padrón de los condenados á morir en el día, no debe, no, maravillarnos que inscribiera Catilina en sus banderas misteriosas todos los perdidos de Roma, juramentados para una revolución social, sin más principio que las vaguedades socialistas difundidas en las inteligencias romanas por los restos del movimiento agrario, y sin más fin que otra discordia capaz de alimentar con sus combustibles el incendio uni-

versal. Cicerón, ilustre representante de los caballeros, á cuya clase pertenecía; enamorado, como grande orador, de las libertades antiguas, á las cuales debiera sus inmarcesibles triunfos oratorios; vió cómo los excesos de tal secta podían destruirlo todo, y se consagró á perseguirlos, desvaneciendo sus principios y matando á su jefe con una facilidad, oculta ú olvidada muy artísticamente tras la pretensión inaudita de verse premiado con ruidoso triunfo como los obtenidos por aquellos generales victoriosos, que traían sujetos con cadenas, bajo los arcos marmóreos, á la vía Sacra, reyes representantes de razas enteras sobre la tierra. Esta facilidad en la condensación y desvanecimiento de las tempestades sociales mostraba cuán cargado el aire aquel debía encontrarse de ideas vagas, y cuán subvertido el suelo aquel por violentas revoluciones, cuando estos monstruos podían producirse y aniquilarse como los ensueños neuróticos en pesadillas generadas por los ataques nerviosos y las epilepsias mortales de toda una sociedad. Poco tiempo después de haberse desvanecido la conjuración catilinaria, entraba en Roma Pompeyo, quien, á pesar de haberse ido con Sylla en las maniobras de éste contra Mario, representaba el único asidero posible para la república y para la libertad romanas, indisolublemente unidas con las instituciones parlamentarias que se

habían quebrantado, cuando no roto, á una todas en aquella sucesión de dictadores sin conciencia y de discordias sin entrañas. Pompeyo tenía un ejército, y con el ejército pudo imponerse, tanto más cuanto que aparecía sospechoso á todos los bandos, y se le acababa de inferir mortal agravio, persiguiendo á sus mejores amigos bajo el capcioso concepto de pertenecer á los catilenarios, con lo cual á un mismo tiempo se procuraba su ruina y su deshonra. Los diversos enemigos y émulos del general temblaban creyéndole próximo á entrar en Roma con su ejército, y entrando en Roma con su ejército veíanse maltrechos y destinados á la pérdida irreparable del viejo poder é influjo. Ciertamente que las leyes y las tradiciones romanas oponían veto á esta entrada y residencia de tropas en la Ciudad Eterna. Los pueblos parlamentarios como el pueblo de Venecia en la edad media, como el pueblo de Roma en la edad antigua, como el pueblo de Inglaterra en la edad nuestra, oponen resistencias formidables al predominio militar. Pero tras las dictaduras, tras las matanzas, tras las proscripciones, tras las guerras tanto sociales como civiles, tras los anárquicos desórdenes abajo y las arbitrarias voluntariedades arriba, el respeto á las leyes quedaba tan profanado y perdido como el respeto á los dioses y á los cultos cuando los invaden y los hieren irrup-

ciones de incrédulos ó infieles. César, que aspirando por vocaciones incontrastables de su genial temperamento á la dictadura se había inscrito en los bandos más demagógicos así contra Tulio, como contra Catón, como contra Pompeyo, quiso estudiar á este último so color de adularle ó servirle, y al verle despedir sus tropas, comprendió cuán baladí rival tenía delante.

Contaban los encargados por las leyes de loar el triunfo ante los generales victoriosos como rindiera mil baluartes, acaparara ochocientos navíos, trajera novecientas ciudades más al dominio romano, enriqueciera con veinte mil talentos de oro el Erario, allegara copiosas rentas á la república, cual en aquella larga procesión de trofeos y despojos lo mostrarán el purpúreo lecho de Darío, las joyas y pedrería de Mitrídates, los tronos argénteos, los centros áureos, las treinta y tres coronas de perlas y los ídolos riquísimos, tras los cuales venía con su verde laurel en las sienes y su rojo manto en la espalda el vencedor, henchido de vanidad y rodeado por todos los adictos á las viejas instituciones, completamente fuera de sí en aquella ocasión singular, creídos todos á una de que Pompeyo podría tan fácilmente subyugar á los facciosos en Roma como había subyugado á los enemigos de Roma en Asia y en el Ponto. Tras este triunfo militar alzabase una

cuestión social. Aquel político, bastante respetuoso con las leyes para desarmar su ejército vencedor, tenía que pedir contra las leyes y sobre las leyes, en bien y pro de su ejército, una distribución de tierras y de rentas, más peligrosa que la pedida en otros días por Graco y los suyos para la plebe romana. En el Senado se coligaron, oponiéndose á tal pretensión y rechazándola todos los privilegiados, todos, Lúculos, Metelos, Crasos, Catones. Imaginaos la situación del pueblo viendo rechazadas las leyes agrarias, si las proponían sus tribunos para él, y admitidas, si propuestas por un verdadero conservador, como el general republicano, para su ejército. La plebe, mejor dicho, el odio de la plebe al patricio, y al Senado, y al caballero, debía tener una encarnación tan gigantesca, cual todo lo que á las muchedumbres sociales se refiere, y esta encarnación debía llamarse por los siglos de los siglos, en toda la historia, César y cesarismo, dictadura, desquite, venganza de la plebe.

¡César! He ahí el hombre á quien debían combatir el patricio Bruto y su mujer Porcia. Estas dos entidades romanas representaban el Senado contra la dictadura, el privilegio de los patricios contra las tenaces aspiraciones de la plebe. En la nobleza romana, como en la nobleza británica y como en la nobleza española, todos los nobles resultaban

parientes, porque si las leyes cegaban el abismo entre las clases, no lo cegaban ciertamente las costumbres. Porcia y Bruto eran parientes. Servilia, madre de Bruto, era hermana de Catón y, por consecuencia, tía carnal de Porcia. Porcia y Bruto eran primos hermanos. Y en esta familia dominaban dos tradiciones, la tradición republicana de Julio Bruto, que lanzó de Roma el postrer Tarquino, y la tradición patricia de Catón el Censor, que defendiera los viejos privilegios nobiliarios contra la clase de los caballeros, contra la clase media, contra los nuevos patricios enriquecidos por el comercio y separados del campo y agricultura, contra la plebe socialista suscitada por los Gracos, sus tribunos, y contra los italianos y extranjeros por los Gracos atraídos á causa de ofrecerles y presentarles el antiguo privilegio de la ciudadanía romana. Pues bien, César no era otra cosa, no significaba otra cosa, no pretendía otra cosa que representar é imponer la idea de Graco por medio de la dictadura. Él era personificación de las leyes agrarias, él era eco de las tenaces aspiraciones socialistas, él era llamamiento de los latinos y aun de los extranjeros á la ciudadanía romana, él era odio al Senado y odio al patricio, él era propensión á disolver ó transfundir el espíritu de Roma en la humanidad y el espíritu de la humanidad en Roma. Con decir

tales características de su espíritu harto hemos dicho las causas de su enemiga implacable con Porcia y con Bruto. Pero, en tal madeja, digámoslo así, de ideas y de principios naturales á la familia Porcia, entraba un factor extrañísimo, que presta mucho relieve y color, mucho interés trágico al personaje de Bruto. Este factor es la pasión de Servilia por César. Tal pasión había llegado al extremo de atribuir la excelsa dama en sus adentros la paternidad natural de su hijo Bruto al glorioso dictador. Y atribuyéndole semejante paternidad, nada tan propio de un alma femenil como ir ingiriendo en su hijo con precaución y medida, pero con perseverancia y con tenacidad, el culto á César. No sabemos hasta dónde llegara este culto y lo que hiciera en la vida y en la historia del joven y adusto republicano, de no combatirlo un ejemplo, como el de su tío y suegro Catón, y un amor como el de su prima y esposa Porcia. El austero patricio, que invocaba todos los días, cual sagrado numen, la historia de los Catones, habíala elevado á una especie de religión doméstica, y en esta religión doméstica naturalmente asoció á sus ritos, á sus dogmas, á sus tradiciones, á su culto, la hija Porcia, especie de vestal, que guardaba en el templo de hogar tan excelso la llama de aquella gloriosa vida vinculada en los suyos y resplande-

ciente de luminosísimas ideas. Todo lo que pudiera influir á favor de César en el alma de Bruto Servilia lo contrastaba con su amor y con su representación la poderosa é influyente Porcia.

César era un patricio. La sangre de los Julios corría por sus venas. Todo el patriciado romano se había compuesto de suerte que su apellido y su genealogía enlazara con los tiempos fabulosos de Roma. El gran crítico de la romana historia concluyó por sostener que los tiempos primeros, los tiempos épicos del mundo romano, habían surgido, no de la realidad, no, de un verdadero enlace artístico entre las tradiciones orales queridas del pueblo que las sugirió á los poetas épicos y los esfuerzos hechos por los genealogistas de las patricias estirpes á fin de granjearles un origen cuasi mitológico y legendario que las confundiera con los héroes fabulosos y con las divinidades romanas. En estas genealogías compúsose de suerte César que arregló para sí mismo y para los suyos un más ó menos artificioso entronque allá con Venus y con Eneas. La divinidad que protegió siempre á Troya, por haberle dado Paris la célebre manzana, siguió protegiendo aquella sombra, de la ciudad frigia escapada, y por los vientos y por las olas conducida en larga peregrinación hasta los hogares hieráticos y los templos sacros de la célebre Lavinia. Mucho se conocía el

parentesco de Venus con César en la propensión nativa de éste al amor. Apenas despuntaba la mocedad en él, cuando ya perseguía con empeño á las más hermosas mujeres romanas y profanaba con la satisfacción de fáciles apetitos los ajenos tálamos. Parece imposible, pero bien puede asegurarse que las dobles propensiones guerreras y amorosas predominantes en César demostraban para los romanos su descendencia indudable de Venus y de Marte. Los principios más opuestos, acercándose por virtud y eficacia del equilibrio universal, parecen los principios más fecundos; la fuerza que repele y la fuerza que atrae componen la mecánica del universo; el amor y el odio el principio creador y el principio destructor; la generación y la muerte súmanse también para producir y para conservar la vida. Notadlo en la historia, notadlo. El hombre de acción, el hombre de guerra, el hombre de combate y exterminio, ama, pero ama mucho más que los hombres de idea y estudio, á quienes la vida se les sube por una ley natural á la cabeza y el espíritu se sobrepone á la carne. Amando muchísimo tuvo César innumerables encuentros con las señoras romanas, y teniendo innumerables encuentros con las señoras romanas amó á Servilia y debió creer, como Servilia siempre, que Bruto era su hijo. Éste, aunque viese las preferencias del dictador por su persona,

el cariño que le profesaba, las atenciones con él singularísimas, cuanto más él á la oposición patricia solía inclinarse, debió ignorar completamente la debilidad vergonzosa de su madre y debió creerse hijo del hombre con quien su madre se había unido en justas, y legítimas, y sacras nupcias. Las preferencias de Servilia por César debieron parecerle preferencias políticas, no de otro género, natural afecto en aquellas mujeres antiguas, muy comprometidas con los diversos partidos y muy propensas á participar de sus combates, desertando algunas veces la causa de sus maridos y de sus padres por esas razones afectivas que tan poderosamente obran y tan á la continua sobre los principios y sobre los pensamientos políticos de todas las mujeres. Porcia y no Servilia, la esposa y no la madre, dominó en el corazón de Bruto.

Bien es verdad que César aparece de una ondulación extrema en los comienzos de su vida pública. Patricio, se va con los plebeyos. Sylla decidió matarlo, y como intervinieran las vestales á favor del joven patricio, díjoles cuán mal hacían todas ellas interesándose por un hombre como aquel, en cuyo espíritu se contenían y encerraban muchos Marios. Cuando Catilina promovió la revolución social, César estuvo del lado de Catilina. Un día restauró los trofeos de Mario en el Capitolio, y res-